

Recuerdos de mi vida

Jacinto Higuera Cátedra, Molino de la Hoz, 2002

Nacimiento y niñez

Nací en Santisteban del Puerto, un precioso pueblo de la provincia de Jaén, situado en la tierra Noble del Condado, paso de caminos entre el valle del Guadalquivir, la meseta y el levante por donde cruzaba la Vía Augusta y la Cartaginesa, territorio protegido del que da testimonio su castillo, aún en buen estado de conservación, como tantos otros levantados en la región para la defensa del territorio tanto tiempo en disputa en la antigüedad por su valor estratégico.

Mis padres, Jacinto y Juana, que habían nacido en Santisteban del Puerto, sentían un amor entrañable por su pueblo y decidieron que cuantos hijos tuviesen habrían de nacer en Santisteban; y así lo hicieron.

Como mi padre por su trabajo tenía aposentada la familia en Madrid, cuando el nacimiento de un hijo estaba próximo, la familia se trasladaba a Santisteban y mi madre se quedaba al cuidado de mis abuelos maternos, Luis y Pura, que también se hacían cargo de los hijos ya nacidos. Mientras, mi padre, se volvía a su trabajo en Madrid, desde donde acudía en el momento crítico para acompañar a mi madre y estar presente en el acontecimiento del aumento familiar. Una vez nacido el nuevo miembro y bautizado en San Esteban, la familia se volvía otra vez a la capital. Así sucedió en el nacimiento de mi hermano Modesto, de mi hermano Luis y conmigo, el más pequeño de los tres.

En el intento del cuarto hijo mi madre fallece, el 22 de junio de 1919, teniendo yo cinco años y medio, y cuentan que estando yo en casa de mi tía Juana, donde me habían llevado mientras mi madre daba a luz, y sentado a la entrada de su casa, me levant diciendo "mamá, mamá" y me abrazaba a alguien que nadie veía y cuando me preguntaron a quien abrazaba yo dije "mamá estaba all pero se ha ido". Se comprobó que aquel suceso coincidió con el momento del fallecimiento de mi madre. La nostalgia de su cariño ha acompañado mi vida.

Mi padre qued viudo con tres hijos, y comenzó para él un vía crucis fácil de imaginar. De regreso a Madrid mi padre contrata a una señora para que mientras él iba a trabajar atendiese a los niños, haciendo de institutriz y ama de llaves. La señora de aspecto muy respetable y con muy buenos informes, tenía un hijo ya mayor que aparecía todos los días a la hora de comer. Mi padre pudo comprobar que la asignación que dedicaba al mantenimiento de la casa, la señora, en su mayor parte, lo invertía en alimentar a su hijo, esmerndose en la condimentación de los menús más variados, mientras a nosotros frecuentemente nos ponía una lata de bonito en medio de la mesa para que nos sirvisemos a nuestro gusto cuanto quisiéramos, y el caso era que esta idea nos parecía muy bien. Por los comentarios que nosotros hacíamos encantados con lo de la lata de bonito y otras cosas, mi padre comprendió que aquella situación era insostenible y pens en volverse a casar para regularizar una situación familiar. Mi padre volvía a casa por la noche por lo que venir a comer a medio día le resultaba poco conveniente porque el estudio lo tenía en la calle Ferraz y esta casa estaba en la calle Torrijos, la distancia era grande y más teniendo en cuenta que los medios de transporte de entonces eran muy limitados

Los veranos en Santisteban

Tengo un recuerdo entrañable de los veranos que pasábamos en Santisteban del Puerto, alojados en casa de mis abuelos maternos, Luis y Pura, a quien las gentes de su tiempo la llamaban la "niña Pura", con cerca de ochenta años que en aquellos tiempos podría tener. A ellos les encantaba tenernos en su casa que por cierto era muy grande.

Recuerdo que cuando íbamos a Santisteban y el tren llegaba a Vilches nos esperaba la diligencia que tenía mi abuelo Luis y en la que tirada por cuatro mulas con sus collares de cascabeles recorríamos el camino que nos llevaba a Santisteban parando antes en Las Navas de San Juan, en donde se cambiaba el tiro por otras cuatro mulas de refresco. Que ilusión la llegada a Santisteban dejando atrás la nube de polvo rojizo que levantaba el carruaje al recorrer aquellas carreteras de tierra sin asfaltar, cosa esta desconocida entonces; que algarabía al llegar con los perros que ladraban a las mulas más la chiquillería que corriendo a la par del coche nos saludaban con griterío de bienvenida, allí esperaba Miguelico con un burro preparado para cargar las maletas en él y subirlas a la casa de los abuelos.

Mis abuelos eran los clásicos terratenientes andaluces. Yo recuerdo cuando volvían los muleros del campo al atardecer, una vez terminada la faena de cada día y encerradas en el redil las ovejas, venían a instalar las caballerías en las cuadras donde les daban de comer y acondicionaban su descanso hasta el día siguiente. Venían acompañados por una perra mastín blanca que se llamaba "Leona" y que llevaba alrededor del cuello un collar muy ancho lleno de púas; Miguelico me explicaba que aquel collar le servía de defensa cuando luchaba con los lobos que venían a atacar a las ovejas que Leona custodiaba; porque los lobos cuando luchan se tiran al cuello de su enemigo, y me contaba que Leona era tan valiente que los lobos la temían. Yo la veía venir con aquel andar pausado y sereno y sentía una verdadera admiración por ella.

En aquella época tendría yo unos ocho años y mi abuelo solía salir a revisar las labores del campo montado en una yegua que era la envidia de todos; ocurrió que el señor obispo Guisasola vino al pueblo, con motivo de la confirmación de los chicos que estaban en la edad, y todo el pueblo salió a recibirlo, también mi abuelo que llegó con su yegua de la que se apeó para besar el anillo del señor obispo que fijando la vista en la yegua le dijo a mi abuelo "Que hermoso animal, ¿me dejaría usted dar una vuelta con él?", mi abuelo entre sorprendido y alagado dijo que sí y el señor obispo se remangó la sotana y en un santiamén se subió al animal sin darle apenas tiempo a mi abuelo de recomendarle que no le apretase mucho porque la yegua se encontraba en estado interesante. Salió el señor obispo como un rayo y bien afianzado en los estribos se perdió en una nube de polvo rojizo que es el que tiene aquellas tierras. Párrocos, monaguillos, autoridades y cuantos paisanos habían acudido a la recepción del señor obispo se quedaron perplejos esperando su vuelta que tardó bastante en producirse y cuando llegó venía la yegua echando espuma por la boca dando con ello a entender que había sido sometida a un esfuerzo grande que mi abuelo le advirtió no hiciese por estar en estado interesante. Al desmontar el señor obispo se sacudió el polvo de la sotana y dirigiéndose a mi abuelo lo felicitó porque tenía una yegua excepcional, y pasó a la iglesia a celebrar la ceremonia de la confirmación. El párroco había comentado con el señor obispo, como anécdota, que había un chico en edad de confirmarse, el Granaino, que le llamaban en el pueblo, que era el más travieso del pueblo y se resistía a ser confirmado porque decía que a él no le pegaba nadie y que había conseguido, al final, convencerlo explicándole que el toque de la mano en la cara tenía un significado simbólico pero no tenía nada que ver con una bofetada, y le indicó que el chico era el que estaba colocado el último de la fila de todos ellos. El señor obispo, de temperamento fuerte, como ya se había visto con el incidente de la yegua de mi abuelo, fue confirmando a los muchachos puestos en fila con la ceremonia de rigor, tocando la cara de cada muchacho al tiempo que pronunciaba la jaculatoria correspondiente y al llegar al Granaino, el señor obispo le largó una bofetada que a punto estuvo de dar con él en el suelo. Granaino, recuperando el equilibrio, se enfrentó al señor obispo y le gritó "¡Hijoeputa!", saliendo corriendo de la iglesia, y terminó la ceremonia en medio de un gran tumulto. La yegua de mi abuelo mal parió, con lo que aquel año la ceremonia de la confirmación hizo historia.

Siempre pasábamos los veranos en Santisteban y formábamos parte de las pandillas de los chicos del pueblo, en donde para pertenecer a ellas era preciso pasar por la prueba de valor reconocido que consistía en lanzarse en cuclillas con una tabla bajo los pies a manera de

un trineo por las cuestas del Porrosillo que tenían una pendiente temible. Granaino también formaba parte del grupo pero en las travesuras que le dieron fama actuaba por libre.

A nosotros nos llamaban “los madrileños” por aquello de que durante el invierno vivíamos en Madrid. Siempre, las gentes del pueblo, tenían la propensión a ponerle apodos a los vecinos, que se caracterizaban por una manera de ser o defecto físico, por ejemplo, a un individuo que tenía una bizquera muy acentuada le llamaban “ojos al hombro” y a otro que le bailaba un poco el pie al apoyarlo en el suelo “engaña losetas”, alguien, sin querer, pisó a la cría de una gallina y le pusieron “arrega pollos” y así infinidad de mote con los que se conocía incluso a los familiares mejor que con sus apellidos verdaderos.

Y llegó el día. Hacía tiempo que se venía hablando de celebrar un partido de fútbol entre Santisteban y las Navas. De siempre había entre los dos pueblos un afán comparativo sobre quién tenía mejor formación cultural, conocimientos, riqueza territorial y práctica de los deportes, entre otras cosas como las mejores gallinas ponedoras. Y he dicho que llegó el día porque los naveros habían construido un campo de fútbol sui géneris forzados por la orografía de aquel territorio conformado por una serie de cerros y desniveles que hacían imposible encontrar un espacio llano donde construir un campo de fútbol como Dios manda.

Ellos habían elegido un cerro algo menos pendiente que los demás pero que les había obligado a situar una portería en un nivel más alto que la portería contraria. Esta característica del campo le daba una emoción especial al momento de echar la moneda al aire para elegir portería, pues esto suponía una ventaja inicial muy estimable. Reunidos los dos equipos alrededor del árbitro, que era de oficio pastor y entendía mucho de fútbol, y los capitanes de cada equipo eligieron la cara de la moneda que Evelio, que así se llamaba el árbitro, lanzó al aire en medio de un silencio total de todos los espectadores que rodeaban el campo, de los cuales el noventa y nueve por ciento eran naveros, cayó la moneda y Evelio la cogió del suelo y señaló a mi hermano Modesto, que era el capitán de nuestro equipo, para que eligiese campo. Entre el público se produjo un rumor que no presagiaba nada bueno. Como era lógico mi hermano eligió la parte alta y colocó su equipo, lo mismo hicieron los naveros colocando el suyo en la parte baja, y todos atentos al silbato de Evelio que al fin sonó, entonces mi hermano Modesto que tenía un temperamento bastante fuerte le dio un puntapié al balón que salió disparado y que ayudado por la pendiente del campo nadie pudo detener, el portero ni lo vio atravesar la portería, con lo que el partido se situó nada más empezar en el 1-0 que pasó a la historia porque el público se arremolinó en el campo gritando “¡Trampa!” y su actitud determinó a nuestro representante a dar la orden de retirada y todos, obedeciendo, salimos corriendo cuesta abajo hasta la carretera donde en previsión ya estaba la camioneta que nos había traído acompañada por la pareja de la guardia civil. Subimos todos en la camioneta y salimos disparados hacia Santisteban, mientras la guardia civil bregaba con la gente que seguía gritando “¡Trampa, trampa!”.

Mi hermano Modesto había formado un grupo que llamó “Los exploradores” y que estaba compuesto por unos quince o veinte chicos que al atardecer volvían al pueblo y entraban en él en formación militar, lo que a la gente divertía, aplaudiendo el desfile tan disciplinado que mejoró mucho cuando nuestro padres nos compraron un tambor de hojalata que nos sonaba muy bien, mejorando con su sonido el ritmo de la marcha. Una de las exploraciones que más nos atraía era la que hacíamos en unos túneles que había en el castillo. Había dos y eran tan largos que no conseguimos llegar al final de ninguno de ellos, además en el trayecto se veían derrumbamientos que casi cerraban el paso y esto nos llegó a producir cierto temor. Sacamos la conclusión de que los antiguos moradores del castillo habían hecho aquellos túneles tan largos para asegurarse la huida en el caso de que el castillo fuese asaltado por los enemigos.

Una nueva vida

Mi padre solía asistir a las reuniones que frecuentemente se realizaban en casa del pintor Cristóbal Ruiz, en Madrid, y en una de esas reuniones tuvo la oportunidad de conocer a una violinista recién llegada de París, en donde había cosechado grandes éxitos. Se trataron y congeniaron en la manera de entender la vida, con el aliciente, por parte de mi padre, de la profesión de ella como violinista, siendo como era un apasionado por la música; yo recuerdo que el compositor que más le agradaba era Bach. Se trataron con frecuencia, y seguros de que sus caracteres eran coincidentes determinaron casarse.

A Lola Domínguez Paladín, que así se llamaba la futura esposa de mi padre, le conmovían aquellos hijos en manos de aquella ama de llaves desaprensiva y aquél hombre imposibilitado de atender a sus hijos y a su trabajo a la vez. Acordaron despedir al ama de llaves y poner internos en un colegio a los dos hijos mayores, al tiempo que Lola se llevaría a vivir con ella al más pequeño, o sea a mí, a la pensión en que vivía en la calle Goya 14, donde compartía un dormitorio unido a un saloncito con una amiga suya que se llamaba Concha Martín. Aquella pensión estaba regida por una señora venida a menos que se ayudaba con el alquiler de aquellas dos habitaciones y que era de una manera de ser muy estricta y nada flexible y no vio con buenos ojos la llegada de aquel niño, que bien pudo pensar que fuese el fruto inconfesable del amor de alguna de las dos.

Para Lola y Concha, que tenían que atender a su trabajo diario, la mayor preocupación fue tener que dejar al niño solo en las habitaciones toda la mañana y que siendo tan pequeño no hiciese algún desavío que enfadase a la señora de la pensión. Pacientemente me asesoraron insistiendo mucho en la importancia que tenía el que no hiciese ruido ni saliese de la habitación y que me entretuviese jugando con unos soldaditos de plomo y dos carritos que me habían comprado hasta que llegase mamá Lola que volvía a la hora de comer. Preocupadas por el resultado de aquellos consejos se fueron a su trabajo. Pasaron las horas de aquella mañana y ya próxima la hora de la comida, la señora de la pensión extrañada de tanto silencio y temiendo que al niño le hubiese pasado algo, abrió sigilosamente la puerta y vio al niño moviendo los soldados en los carritos de un lado para otro y hablando entre dientes con ellos. Cuando volvió Lola, la señora se deshizo en elogios de aquel niño prudente, lo que la tranquilizó tanto a ella como a Concha cuando volvió a casa al anochecer.

Muy cerca unos portales más arriba había un colegio de monjas Teresianas y en él empecé a conocer las primeras letras y en él fui condecorado en un fin de curso al recitar aquello que dice "Cuando veo sobre mi volar el milano altivo. Yo que soy una avecilla desconsolada y sin nido...", que me había enseñado a recitar la profesora de mi clase, lo hice con una mímica imitando el volar del milano y el temor de la avecilla desconsolada y sin nido que causó la admiración de los asistentes y las monjas de prisa y corriendo con unas cintas hicieron una escarapela que colocaron en mi pecho como premio a tan extraordinaria actuación.

Mis hermanos Modesto y Luis que estaban internos en el Colegio de los Sagrados Corazones, los días de fiesta los pasaban en casa y recuerdo que los veía venir con una mezcla de alegría y temor porque llegaban eufóricos de verse libres de la disciplina del colegio y tanta euforia repercutía en la integridad de mis juguetes, que yo guardaba bajo la falda de la máquina de coser, organizando grandes batallas con mis soldados y mis carritos de los que algunos perdían la cabeza y los carritos las ruedas.

Y llegó el momento de la boda que se celebró en la Iglesia de la Concepción, situada en la calle Goya, con toda solemnidad y con la asistencia de las más destacadas personalidades del mundo de la música y de las artes plásticas.

El último recuerdo que me quedó de los años vividos en la calle Goya, lo tengo fotografiado; elegantemente vestido tocando el violín con una colocación perfecta, y en eso quedó todo y en algunas escalas que hice con poca fortuna.

Mi padre y mis hermanos después de la boda se vinieron a vivir a Goya, 14, donde la dueña del piso donde yo vivía con mamá Lola y Concha les alquiló el piso entero para que pudiera vivir toda la familia incluida Concha que se quedó a vivir con nosotros. En esta casa nace el 2 de abril de 1923 mi hermano Augusto.

En 1924 nos trasladamos a vivir a Lista, 75, donde mi padre había encontrado un estudio muy bien preparado para su trabajo de escultor, situado en la parte alta del piso que tenía dos plantas. El estudio que tenía luz cenital además tenía un gran ventanal que daba a una terraza muy amplia. En este estudio fue donde mi padre modeló y talló el Cristo de la Buena Muerte que actualmente se encuentra en la Catedral de Jaén, y le sucedió un hecho sorprendente con el gitano que le servía de modelo, mi padre había construido una especie de cruz en donde el gitano apoyaba los brazos, postura esta que al cabo de cierto tiempo causaba un cansancio lógico, el gitano pedía descansar y mi padre embebido en el estudio anatómico del modelo le pedía que aguantase un poco más y el gitano insistía "Don Jacinto, que no puedo más". Había comentado el gitano con mi padre que había jugado a la lotería y mi padre porque aguantase un poco más le dijo "Pídele al Cristo que te toque la lotería"; y el Cristo hizo el milagro, le tocó la lotería al gitano y por lo visto bastante dinero, con lo que mi padre se quedó sin modelo porque el gitano desapareció. Pasados unos cuantos meses volvió a aparecer el gitano dispuesto a servir de modelo lo que hiciese falta. Contó a mi padre que su caso se había comentado en los periódicos y ello dio la ocasión de que se presentasen en su casa parientes de todas las partes de España para felicitarlo y celebrarlo al tiempo que le solicitaban ayudas económicas. Todo esto fue la causa de que el milagro del Cristo durase tan poco.

En esta casa le dimos trabajo al ángel de la guarda. Nos habían comprado un coche de pedales y alternativamente nos montábamos por turnos los hermanos y cada cual elegía al que había de empujar obedeciendo la orden del conductor en cuanto aceleración y frenada de la marcha. La competición consistía en ver quién daba tres vueltas al circuito en el menor tiempo, y en la aceleración y el frenado estaba el riesgo del juego que en ocasiones el que empujaba no interpretaba bien las órdenes del conductor y el que empujaba, y el conductor con el coche encima salían rulando de mala manera. También jugábamos al fútbol con una pelota que yo realizaba con tiras de periódico y el mayor inconveniente que tenía este juego era el que en el ardor del partido los jugadores no medíamos bien el impulso que le dábamos a la pelota y ésta saltaba el muro de la azotea e iba a caer en un patio ajardinado de un chalet situado al lado de nuestra casa cuyos dueños decidieron no devolvernos más la pelota que con tanta frecuencia caía en su patio, ganándose por nuestra parte la mayor antipatía y especialmente por la mía que tenía que fabricar otra pelota cada vez que ocurría el desavío de que saltase el muro. Recuerdo una ocasión en la que la pelota saltó el muro y pudimos observar que se había quedado pegada al muro de nuestra casa y pensamos rescatarla de algún modo. Yo considerado el ingeniero del grupo, pensé la manera, y cogiendo un poco de barro del estudio de mi padre y un ovillo de bramante, hice como una pequeña pirámide con la base algo cóncava enterrando en la parte alta el bramante bien sujeto y con el sindeticón impregné bien la parte cóncava que había de acoplarse bien al perímetro de la pelota y comenzamos la operación del rescate con la mayor expectación imaginable; primero nos aseguramos de que nadie de la casa vecina anduviese trajinando por el patio ajardinado, y una vez seguros de ello comencé a bajar la pirámide de barro para conseguir colocarla encima de la pelota hasta que mis hermanos calcularon que el sindeticón ya había fraguado y decidimos atirantar el bramante y comprobar si la pelota había hecho cuerpo con el invento, y así fue; con la mayor emoción fuimos subiendo la pelota hasta que la tuvimos otra vez en nuestra manos.

El éxito de la recuperación de la pelota me valió el encargo que me hizo mi hermano Luis de "La Felipa", un quiosco de refrescos de naranja y de limón cuyos clientes éramos mi hermano Modesto y yo, que por cinco céntimos teníamos derecho a un vaso de una de las dos variedades, quedando establecido que los vasos no eran del tamaño mayor sino mediano, que previamente había elegido mi hermano Luis. Yo en pago a la realización del quiosco durante un tiempo, tuve derecho por el mismo dinero de cinco céntimos a tomarme dos vasos y así fue

hasta que mi hermano Luis calculó que ya había pagado la realización del quiosco que a primera vista resultaba de lo más curiosos de ver porque reproducía en un tamaño reducido los que se veían por las calles, tenía incluso un toldo que se extendía y se recogía dándole a una manivela, en el interior, donde él cabía sobresaliendo algo más de medio cuerpo por encima del techo, tenía una serie de estanterías que le permitían almacenar las botellas con los refrescos los dos vasos y un cubo con agua para enjuagarlos.

Por aquellos tiempos la circulación en las calles era muy escasa y los padres nos dejaban bajar a la calle a jugar con los amigos y había dos o tres grupos que establecían competiciones que algunas veces terminaban en trifulca. Recuerdo que había un grupo comandado por un tal Petraña que tenía al resto de las pandillas algo acobardadas y un día sucedió que estando nosotros con nuestros amigos jugando al fútbol, el tal Petraña nos cogió la pelota y le dio una patada que la mandó al quinto pino y se nos quedó mirando muy sonriente. Mi hermano Modesto, sin pensarlo, se fue hacia él y le largó un puñetazo que lo tiró de espaldas y una vez en el suelo le siguió pegando hasta que el Petraña se pudo escabullir y salir corriendo hasta su casa, que era la lechería de la esquina cuyo propietario era el conocido picador Farnesio.

Cayó el mito del Petraña, cuya fanfarronería la apoyaba el que era algo mayor que todos nosotros, y en su lugar quedó mi hermano Modesto, aunque con mucha más simpatía por parte de toda la chiquillería del barrio.

Viviendo todavía en la calle de Lista, el 24 de octubre de 1925 nació otro nuevo miembro de la familia, mi hermano Andrés. Pasando el tiempo, empezamos los estudios y recuerdo que durante unos años fuimos al colegio de los Marianistas, situado en la calle Castelló, recuerdo que me sorprendía el que los profesores fuesen uniformados, vestidos con levitas. Por dificultades del transporte diario seguimos los estudios en el Colegio Calasancio. Para mí, los estudios eran algo así como una batalla campal, luchando siempre con mi memoria, que no solo era pequeña sino que además me era infiel. Me ponía a estudiar y me leía la página con la materia que tenía que aprender y en un punto de terminado una palabra me sugería una idea en la que quedaba enganchada mi atención, y allí me quedaba divagando, siguiendo la lectura hasta el final sin enterarme de lo que había leído, a partir de la palabra que me robó la atención. Nunca me suspendieron pero a fin de curso siempre tenía la sensación de haber salido de milagro.

En el Calasancio, las aulas estaban amuebladas con bancos corridos y según los méritos de cada día se ganaban o perdían puestos, yo nunca conseguí mantenerme en los puestos más avanzados y tan solo en filosofía y ética me mantuve durante cuatro días en el primer puesto, y la euforia de semejante hazaña, que me duró varios días, motivó la anécdota de lo del padre Silvino y su puntero: estaba yo revoltoso y algo burlón y hasta llegué a imitar al padre Silvino que se percató de la gracia y se vino hacia mi con el puntero, dispuesto a darme un castigo "corporal", que dado su carácter impulsivo y azuzado por la indignación de mi falta de respeto descargó el puntero en mi cabeza, golpe que yo eludí agachándome rápidamente, dando el puntero en el respaldo del banco. Salió el puntero hecho pedazos y el padre Silvino pensó que se había excedido en el castigo.

Cambio de domicilio. La familia crece

Durante unos años la familia vivió en Madrid en la calle de Lista, 75, hasta que, con la venta de unas olivas en Santisteban, se invirtió el dinero en una casa de cuatro pisos en la calle Cartagena, 4, a cuyo piso bajo trasladó mi padre su estudio, instalándose la familia en un chalet en la calle Francisco Navacerrada, donde nació el 3 de agosto de 1930 mi hermana pequeña, Mari Lola. En este chalet vivimos unos años hasta mudarnos a la calle Alberto Aguilera, 58, al ser nombrado mi padre Conservador del Palacio Real.

Formando un equipo de seis hermanos que hemos estado unidos siempre por un sentimiento fraternal nada común. El fallecimiento de nuestro hermano Andrés, el 9 de junio de 1935, a la edad de nueve años, niño de extraordinaria personalidad y gran músico, habiendo dado pruebas de poseer un talento poco común, interpretando al piano obras de gran dificultad, marcó con tristes recuerdos esta etapa de mi juventud.

Seis hijos en total, seis hijos que alimentar y educar y todo lo hicieron con naturalidad e inteligencia, y ningún hijo pudo notar preferencia alguna en el trato o el afecto al haber hijos de distinta madre. Esta fraternidad duró hasta que los que fueron dejando este mundo se separaron de nosotros. Hoy quedamos Mari Lola y yo reviviéndolos en el recuerdo. Se me representan frecuentemente en la imagen del tren que se aleja con ellos, los que fueron compañeros tuyos en el vivir de cada día y uno se queda con el adiós en la mano sin acabar de comprender.

El piso de Alberto Aguilera, hacía esquina con Guzmán el Bueno, y mi hermano Luis que tenía muy buena mano para enamorar a las chicas, se daba el caso de que aquel piso al hacer esquina, desde una de las ventanas que daba a Alberto Aguilera, por señas, bromeaba con una chica monísima que se asomaba al balcón de un piso de enfrente y a continuación, salía corriendo y desde la ventana que daba a la otra calle se hacía señas con otra chica también muy guapa: este éxito con la chicas a mi primo Jacinto y a mi nos tenía intrigados y le preguntamos qué les decía para conseguir que le hiciesen caso y nos dijo que les decía “guapa, preciosa”. Mi primo Jacinto y yo quisimos comprobar la eficacia de la palabra mágica y un día que íbamos paseando por el bulevar, que entonces había en el centro de la calle, vimos venir una muchacha bastante guapa, de andares desenvueltos, que se cruzo con nosotros sin mirarnos, nos pusimos detrás de ella y le dijimos las palabras mágicas “guapa, preciosa” y ella sin cambiar el paso nos dijo “ay, sí?” Nos desconcertó la respuesta pero volvimos a intentarlo y volvimos a decir “guapa, preciosa” y ella sin inmutarse nos contestó “ay, no?” sin cambiar el paso. Ya algo desconcertados repetimos la suerte un par de veces con el mismo resultado y la dejamos ir.

La Universidad. El Cine y La Barraca

Terminados los estudios del bachillerato pasé a la Universidad, que aun se encontraba situada en la calle de San Bernardo. Por aquellos tiempos había un movimiento político que pretendía la implantación de la república y los estudiantes éramos los que promovíamos las algaradas callejeras cuando se recibía la consigna que nosotros realizábamos encantados de no ir a clase. Recuerdo que teníamos una técnica que no fallaba para sacar los tranvías de la vía e interrumpir el tráfico: nos situábamos cuatro en la plataforma de delante y otros cuatro en la plataforma de atrás y a una señal empezábamos a saltar alternativamente con lo que el tranvía se empezaba a columpiar hasta salir del carril. Los tranvías de entonces llevaban las ruedas muy reunidas hacia el centro del vehículo por lo que saltando alternativamente en las plataformas podía producirse el efecto columpio quedando el tranvía atravesado en la calle con el consiguiente entorpecimiento de la circulación. Y llegaban los “guindillas”, nombre que se le daba a los guardias, repartiendo leña con los sables, porque en aquella época no se usaban porras y aunque tenían orden de dar de plano, en el ardor de la batalla alguna vez el sable caía de canto y hacía más daño; los sables no estaba afilados, tenían el mismo grueso por un perfil que por el otro, no estaban pensados para la guerra eran solo un símbolo de autoridad, pero los “guindillas” aunque diesen de plano causaban moraduras que eran el trofeo de nuestra rebeldía política. Recuerdo que un día llegó a casa mi hermano Modesto con el cuerpo lleno de moratones, y es que los “guindillas” los habían bloqueado a él y a otros cuantos estudiantes en la calle Marques de Cubas, tapándoles las salidas y hasta que pudieron escapar los “guindillas” los apalearon a placer. Mi padre nos aconsejaba que no nos dejáramos manejar por los políticos, que entre bastidores eran quienes organizaban estas revueltas

aprovechando la manera que tenía la juventud de entender, limpias y claras las palabras libertad y justicia, tan condicionadas en la vida real, pero nosotros como todos los hijos pensábamos que los padres estaban anticuados y así seguirán pensando los hijos de los padres por los siglos de los siglos.

La facultad de Filosofía y Letras, por aquella época, se trasladó de la calle San Bernardo a lo que mas tarde se llamó la Ciudad Universitaria, siendo esta facultad la primera que se edificó en este lugar.

La afición al teatro nos llevó a mi hermano Modesto y a mí, en ocasiones también a mi hermano Luis, a formar parte en 1930 de La Sociedad Española de Arte, formada por un grupo de actores aficionados donde actuamos, a lo largo de dos temporadas, en una serie de representaciones de Pedro Muñoz Seca, los hermanos Álvarez Quintero o Benavente, entre otros, en el Teatro de La Comedia de Madrid, con el fin de recaudar fondos para mantener un ropero para gentes necesitadas.

También en 1935 actuamos mi hermano Modesto y yo junto a nuestro padre en el Club Teatral Anfistora, creado por Pura Ucelay, Club que apoyaba y dirigía en ocasiones Federico García Lorca, en una función de gala en honor de Lope de Vega en el cine Capitól de Madrid, yo interpretando a Belardo, Modesto al Pintor y mi padre, bajo el seudónimo de Alejandro Fuentes, a Bartolo y Blas, en "Peribañez y el Comendador de Ocaña". En este club también actuó mamá Lola y mis hermanos Luis, Augusto y Andrés, formando parte del reparto en la inauguración de Club, en 1933, en dos obras de Federico García Lorca, dirigidas por él, "La zapatera prodigiosa" y el estreno de "El amor de don Perlimplín y Melisa en su jardín". En junio de este año nos fuimos mamá Lola y yo a París a doblar una de las primeras películas, si no la primera, que se dobló en español, "Cabalgata", "Cavalcade" en inglés, dirigida por Frank Lloyd y que ese mismo año cosechó 3 Oscar: mejor película, mejor director y mejor decorado. Mamá Lola también doblaba a uno de los personajes femeninos y a pesar del trabajo difícil y pesado del doblaje guardo un buen recuerdo de esa estancia en París.

En 1935 hice mi primera incursión como actor en el mundo del cine interpretando a "Saluqui" en la película "Don Quintín el amargao", con Luis Marquina como director y Luis Buñuel como productor ejecutivo y supervisor. También en este año se rodó "La señorita de Trevélez" donde interpretaba a "Manchón" bajo la dirección de Edgar Neville. La tercera película, "Consultaré a Mister Brown", la rodaría en 1946, con Pio Ballesteros como director y mi hermano Modesto como ayudante de dirección.

Fue a comienzos de 1932, cuando nos enteramos de que Federico García Lorca estaba probando en la Universidad a estudiantes para formar una compañía teatral con la que recorrer los pueblos de España durante las vacaciones, representando nuestro teatro clásico: fuimos a pasar las pruebas, yo con ilusión y pocas esperanzas de pasarlas porque consistían en leer a primera vista y darle expresión al texto; a mí se me daba mal esta operación en cambio a mi hermano Modesto se le daba que mejor imposible, y así resultó en la prueba por lo que estaba seguro que mi hermano Modesto sería elegido y yo no. Cual sería mi asombro cuando se publicaron las listas de los admitidos y encabezándola venían los dos hermanos Higuera; Modesto y Jacinto. Fue grande mi alegría porque en esta afición al teatro mi hermano Modesto y yo siempre habíamos ido juntos. Es muy posible que Federico dejando a un lado mi poca afortunada manera de leer observase en mí una fuerza expresiva poco común, y así vino a resultar cuando empezaron los ensayos.

Tengo un recuerdo entrañable de las primeras actuaciones de La Barraca por los pueblos mas humildes del país, en donde en alguno de ellos no vivían más de veinte o treinta familias. Habitualmente el tablado desmontable sobre el que representábamos lo montábamos en las afueras del pueblo y una de las operaciones que tenía que realizar Federico era la de hablar con el alcalde y convencerle de que allí no se iba a cobrar nada a nadie porque todo aquel aparato estaba subvencionado por el gobierno de la Nación para divulgar nuestro teatro clásico entre los pueblos más apartados. Convencido el señor alcalde,

mandaba echar un pregón en el que se insistía en el carácter gratuito del espectáculo, anunciando al mismo tiempo la hora en la que comenzaría la representación. Y era curioso ver, cuando se aproximaba la hora anunciada, como iban llegando las familias con sus sillas a cuestas y se iban situando en distintos corros delante del escenario. Y comenzaba la representación, siendo el verdadero espectáculo ver al público tan metidos en la peripecia de la obra, que en algunas ocasiones intervenían en los diálogos con los actores. Captaban inmediatamente la ironía y la burla que Cervantes ponía en sus entremeses, y así sucedió en todos los pueblos en los que íbamos representando y Federico animado por esta experiencia quiso comprobar hasta que punto aquellas personas sin una preparación cultural suficiente como para estar posibilitados para comprender el sentido simbólico de las palabras y el juego escénico del auto Sacramental “La vida es sueño”, de Calderón de la Barca, decidió representar esta obra en un pueblo que tenía una plaza pequeña con unos soportales de dos arcos. Y empezó la representación con la consabida procesión de familias acarreado sus sillas para situarse delante del escenario. Benjamín Palencia había diseñado los figurines y decorados que resultaban sorprendentes, muy entonados con las palabras de la obra. Representamos en medio de un silencio absoluto y para certificar el interés que había despertado en todos ellos lo que sucedía en el escenario, empezó a llover ligeramente pero nadie se movió de su asiento y una vez terminada la representación, comentando con ellos, comprobamos con que justeza habían interpretado toda la simbología de la obra.

Tenía Federico una rara facultad para dirigir la escena y enseñar a las personas a moverse en ella, y sobre todo a la manera de decir el verso, alcanzando aquellos chicos que no teníamos la menor formación teatral un nivel que profesionales de cualificada categoría no alcanzaban.

Fernando de los Ríos, como ministro, había patrocinado la creación del teatro La Barraca, y durante sus campañas políticas, si la zona por donde tenía que actuar estaba próxima a algún pueblo en donde íbamos a representar, se escapaba para asistir al espectáculo porque decía que vernos actuar le distraía de sus preocupaciones, sobre todo viendo actuar a uno de los actores que le recordaba a uno que en su juventud era muy famoso, que se llamaba Tallabi. Federico, en una ocasión en que comentaba el interés del ministro en vernos actuar, me dijo que quien le recordaba al famoso actor de sus tiempos de juventud era yo.

Federico estimaba mucho mi facultad de actor, hasta el punto de proponerme que formase parte entre los actores de una compañía que tenía proyectada para, al modo de los “Ballets Rusos”, recorrer el mundo dando a conocer nuestro teatro clásico y las danzas regionales de España. Este proyecto como tantos otros se vinieron abajo arrasándolo todo la guerra civil.

Corrió la voz de la excelente calidad de las representaciones de aquel teatro formado por estudiantes que había formado García Lorca, y empezó a ser requerido por ciudades más importantes, llegando, incluso, a representar en Madrid causando siempre la misma admiración.

Federico consiguió armonizar un grupo de personas en camaradería ejemplar: era una convivencia limpia del espíritu preferencial de los unos sobre los otros. Allí todos actuábamos con alegría en la comisión que se nos asignaba, y tan pronto interpretabas un primer papel, como en otra obra salías a colocar unas sillas y nada más. Éste espíritu de convivencia entre personas de distintas familias y creencias diferentes, no lo he vuelto a conocer en mis ya muchos años de vida. Estoy seguro que Federico, en estos años que estuvo llevando la dirección de La Barraca, fue feliz y agregó con ello a su talento como poeta y autor teatral, un entrañable recuerdo que todos compartimos. Fue auxiliado en la dirección de La Barraca, como segundo director, por Eduardo Ugarte que ponía el punto de serenidad en los momentos difíciles.

La guerra civil española

La guerra civil lo arrasó todo, el 19 de agosto de 1936 asesinaron a Federico García Lorca en su tierra, Granada, donde había ido a pasar las vacaciones de verano con su familia. Se terminó la ilusión de La Barraca. Sobrevivió una compañía que representaba para los soldados que descansaban de la batalla en el frente, pero esta compañía nada tenía que ver con la que fundó Federico García Lorca.

Quince días antes de estallar la guerra civil, la familia cambiamos, de nuevo, de domicilio, dejamos la casa de Alberto Aguilera y nos fuimos a la calle Alameda, 5. Esta decisión salvó a mi padre de ser detenido por las milicias rojas que fueron a buscarle en dos ocasiones a la casa de Alberto Aguilera para detenerle y suponemos que para matarle. Su único mal había sido el esculpir imágenes religiosas.

Poco antes de estallar la guerra civil, yo fui llamado a filas. Mis padres por facilitarme el engorroso trance hicieron el esfuerzo económico de pagar una cuota al Estado que me permitía, en lugar de dormir en el cuartel, volver a mi casa después de las faenas de instrucción militar, que solían ocurrir al atardecer.

Coincidió todo esto con una huelga de la construcción que llevaba meses sin resolverse.

Después de unos días de servicio militar, una tarde, se les negó a los “cuotas” la salida, como así nos llamaban a los que teníamos el privilegio de irnos a dormir a casa. No nos supieron explicar la causa que motivaba aquella orden y todos pensamos que la huelga de la construcción tendría algo que ver con el caso. A la hora y media sale un corneta a formar filas y se organiza un barullo grande. Mi amigo Luis Cervera se situó a mi lado y comentamos que aquello parecía que iba en serio y empezaron a repartir armamento y munición de guerra y en medio del barullo vemos venir a dos soldados con una camilla desarmada que buscaban al sargento de guardia y mi amigo Luis, sin pensarlo, se dirige a los soldados y les dice: “traer que los camilleros somos nosotros”, y los soldados sin rechistar le entregaron los trastos. Me dijo Luis, si hay que pegar tiros los camilleros no los dan porque los tienen más bien en retaguardia hasta que se les avisa para recoger algún herido. Me pareció buena la idea y ya permanecemos juntos; él llevaba los palos y yo la lona y las patas plegadas.

Se tocó a romper filas después de repartir puestos de guardia y a mi me tocó hacer la primera en la esquina del cuartel, en una garita que daba al campo completamente desierto y con la orden de dar el alto a cualquiera que pudiese aparecer y si no se daba a conocer disparar a matar. Con toda esta alarma y responsabilidad la guardia se me hizo interminable y cuando me vinieron a relevar me parecía mentira y le deseé suerte al sustituto; yo cansado y con mucho sueño me consideraba afortunado de poderme tender en el camastro y dormir a pierna suelta hasta que tocasen las cornetas para ir a desayunar; no hizo falta esperar tanto, porque a penas tumbarme en el camastro, que nunca tan duro lo conocí, entró en el dormitorio un corneta que empezó a tocar, desafortadamente, a formar filas organizándose un barullo fácil de imaginar. Por la urgencia que ponía el trompeta en alertar a la gente parecía que el enemigo había entrado en el cuartel. Yo solo me había aflojado las botas con la ilusión de acaparar sueño, otros no habían hecho ni eso por lo que la operación de vestirse fue rápida y en muy poco tiempo todos estábamos formados en la explanada que daba al campo de tiro en donde ya había una serie de camiones a los que nos hicieron subir. A todas estas nadie sabía aún cual era el enemigo que motivaba tanta prevención y se dio la orden de partir, saliendo la caravana con rumbo desconocido para nosotros.

Anduvimos por la carretera toda la noche y empezando a amanecer llegamos a un pueblo donde las cigüeñas, desde la torre de la iglesia, nos recibieron tableteando sus picos produciendo un ruido igual al que producen las ametralladoras lo que me pareció de mal agüero. Nos pusieron en fila para tomar el desayuno y ocurrió lo más parecido a mi intento de dormir cuando terminé mi guardia en el cuartel en Madrid, que apareció el corneta tocando a formar y esta vez a un lado y a otro de la carretera que conducía al alto del León. Era el 22 de

julio de 1936 y yo pertenecía a la 3ª Compañía del Regimiento de Ferrocarriles. Dispuesto así todo el regimiento, se comenzó a subir, con el presentimiento de todos de que en cualquier revuelta del camino nos podíamos dar de cara con el enemigo, que por cierto seguíamos sin saber quien era y con esta precaución llegamos hasta arriba sin tropezar con persona alguna.

Recuerdo que en medio de la plaza, al lado del monumento del León, había un chiringuito construido con marcado carácter provisional y con síntomas de haber sido desalojado precipitadamente. Mi amigo Luis Cervera y yo, a quienes además de la amistad nos unía nuestra condición de sanitarios, entramos juntos con otros soldados a ver que había dentro y nuestro asombro fue grande cuando encontramos las estanterías y el mostrador llenos de fiambres que sin pensarlo, con voracidad incontenible, nos pusimos a comer todos, arrastrando como veníamos una dieta llena de sobresaltos.

Un cañonazo que sonó prácticamente en nuestras cabezas nos amargó el banquete y salimos todos velozmente a situarnos en la línea que ocupaba el regimiento, Luis y yo debajo de unas piedras que parecieron puestas allí para nuestra seguridad y al poco se produjo una ráfaga de cañonazos cuyos proyectiles estallaron en la retaguardia de nuestras filas que ni tiradas a cordel hubieran salido mas correctamente alineadas formando una cortina de quince o veinte explosiones que me hizo recordar haberla visto sentado en una butaca en el cine Callao durante la representación de "Sin novedad en el frente", una película de guerra que me impresionó mucho y estaba empezando a tener la sensación de estar protagonizando algo parecido. A todo esto se empezó a oír el tabletear de las ametralladoras del bando contrario, aunque aún no se había visto a nadie. Volvió a sonar un cañonazo y al poco una voz que pedía sanitarios; Luis y yo nos miramos y comprendimos que los sanitarios éramos nosotros y precipitadamente nos pusimos a armar la camilla que no teníamos preparada.

Acudimos al lugar desde donde habían solicitado el servicio agachándonos cuanto nos fue posible, lo que no pudimos hacer cuando volvimos trasportando al herido, lo que nos hizo ver claro el error que nos movió al hacernos sanitarios con la intención de aminorar el riesgo. Una vez dejado el herido donde nos dijo el sargento nos volvimos a situar debajo de las piedras con la preocupación de que hubiese más bajas que trasportar y no las hubo porque se produjo un hecho que a todos nos sorprendió y es que a la loma del monte que estaba situado a la derecha de nuestras posiciones se llenó de individuos con la camisa roja que corrían cuesta abajo en franca desbandada. No los había visto nadie cuando llegamos, de bien camuflados que estaban. Fue un mal ejemplo porque a continuación empezando a caer granadas de mortero a nuestro alrededor, se produjo una estampida cuesta abajo de la tropa que no hubo mando capaz de detenerlos y nos vimos mi amigo Luis y yo corriendo entre ellos campo a través saltando obstáculos y oyendo silbar las balas que con extraños maullidos sonaban cerca de nuestras cabezas, azuzando nuestro temor las explosiones de las granadas de mortero que salpicaban indiscriminadamente el terreno por donde pretendíamos escapar todos.

Perdí de vista a mi amigo Luis y vi compañeros correr en mangas de camisa por aligerar la carrera. Conseguí llegar a la Recta de Madrid a la par que otros tres compañeros en el momento en que arrancaba el último camión. Recuerdo que una vez encima del camión caímos rendidos sobre una cama de peras que nos dio tiempo de comer las suficientes como para compensar el vacío que veníamos arrastrando desde la salida de Madrid. Llegamos a Villalba y no nos movimos del camión; un individuo que apareció con una pistola en la mano ordenándonos bajar para que nos incorporásemos a la formación situada en la plaza del pueblo, cosa que hicimos sin rechistar porque la expresión del individuo aquel no daba lugar a dudas, reconocí en él al dirigente Largo Caballero, y nos pusimos en filas de aquel regimiento, sui géneris, compuesto por algunos soldados de nuestro regimiento y una gran mayoría de campesinos, éstos, con escopetas de caza.

Yo me situé al lado de uno de aquellos campesinos, me apoyé en el hombro y le dije que me sujetase porque no podía tenerme en pie. Me miró el hombre y comprobó por el aspecto que debía tener que decía la verdad y dejando la escopeta en el suelo me ayudó a llegar a una especie de enfermería que habían montado en un grupo escolar, en donde me

ayudó a tenderme en una cama que viéndome llegar unas mujeres que hacían de enfermeras ya tenían preparada.

Tendido en la cama empecé a reflexionar sobre el medio que podía utilizar para conseguir llegar a Madrid y conectar con mi familia. Mi experiencia teatral con La Barraca y el estado físico en el que me encontraba, después de mi carrera campo a través, me aconsejaban teatralizar mi verdadera situación y decidí no decir palabra a cualquier pregunta que me hiciesen trasladándome al limbo como estado natural.

No tardó mucho en aparecer un médico, único elemento auténtico de aquella instalación, y me cogió la muñeca para tomarme el pulso al tiempo que me preguntaba mi nombre y regimiento al que pertenecía. Con la vista perdida en el vacío no di muestra de oír nada, después me pareció que escribía algo y se inclinaba sobre mí al tiempo que les decía a las enfermeras que en la primera ambulancia que saliera para Madrid **que** me llevaran a mí. Oído esto me tranquilicé y me dejé llevar del sueño que unido al cansancio que llevaba acumulado me acosaba continuamente.

Me desperté en la ambulancia ya cerca de Madrid, en la camilla de enfrente iba otro afortunado que también dormía. Llegamos a Madrid y cuando me sacaron de la ambulancia no pude adivinar a donde había ido a parar. Me metieron en una nave que me pareció muy grande y todo el suelo de aquella nave estaba ocupado por unos camastros que me recordaron los del cuartel. Me pusieron en uno de ellos, me concentré en mi papel de conciencia perdida y me dispuse a pasar la prueba del médico de aquel lugar.

Quien llegó primero fue un enfermero que iba anotando la dolencia de cada individuo y su nombre. Lo vi venir y me puse en guardia. Al llegar a mí, sin levantar la vista de la libreta donde venía apuntando, me dijo: “¿Cual es su nombre?” Y como no contesté se fijó en mí y me volvió a preguntar cuál era mi nombre. Un herido de los que había a mi lado le dijo al enfermero: “Si está así desde que lo han traído, si es que se ha vuelto tonto”. Se fijó el enfermero en mi mirada perdida y sin decir más se fue. Al cabo de una hora, poco más o menos, volvió el enfermero, ésta vez acompañado de un médico: segunda bata blanca con la que me enfrentaba en mi trabajo de ausente mental. Me tomó el pulso y me soltó el brazo como hizo el anterior que me diagnosticó en Villalba pero éste recogió un papel que por lo visto fijó el de Villalba en mi guerrera y sin más ordenó al enfermero que buscara las señas de la familia para que lo vinieran a recoger, entregándole un volante que rellenó allí mismo. No llegué a ver bien la cara de aquel médico su voz me resultó de lo más amable, me posibilitaba el reunirme con mi familia que era mi preocupación constante que habría sido de ellos que también pensarían que habría sido de mí.

La voz del enfermero me sobresaltó preguntándome donde vivía y me la jugué, haciendo un esfuerzo sobrehumano le señalé el bolsillo de mi guerrera donde llevaba toda mi documentación. El resultado fue que pasadas como un par de horas apareció mamá Lola reclamando al herido del regimiento de ferrocarriles Jacinto Higuera, cosa que hicieron dos enfermeros que lo trajeron medio arrastrando y se lo entregaron, en buena hora.

Apoyado en mi madre llegamos hasta la parada del tranvía que estaba cerca y en el camino, entre dientes, le dije que las agujetas eran auténticas que lo demás no. A mamá Lola le habían entregado un volante que certificaba la causa de mi baja en el ejército; “Confusión mental” era el diagnóstico.

Llegamos a casa, gracias a Dios no les había ocurrido nada irremediable. Me dieron a conocer la verdadera razón de aquel cisco, en el que nada tenía que ver la huelga de la construcción, se trataba de un levantamiento militar producido el 18 de julio y que hacía frente a las disposiciones de La República por lo que España entera estaba enfrentada en dos bandos, dando lugar a una guerra civil que duró tres años.

Conté a mi familia la aventura que había corrido en la “conquista” del Alto del León y mi precipitada huida hasta Villalba. Ellos me informaron de la situación en la que se encontraba la ciudad, que resultaba muy alarmante porque los grupos comunistas respaldados por las Brigadas Internacionales que iban llegando, se iban haciendo con los resortes del

poder, organizando tribunales populares que llamaban “checas” y que juzgaban y sentenciaban en juicios sumarísimos a personas que o bien por llevar una medalla con una cadena al cuello o por la denuncia de alguien contra alguien como enemigo del pueblo era subido a un coche con el propósito de dar un “paseo” del que ya no volvía más, por lo que la palabra “paseo” tomó un sentido dramático que aún perdura en los oídos de quienes pudimos sobrevivir.

A todo esto, la familia nos jugábamos el “paseo” colectivo con el tema de mi “confusión mental”. Existía el agravante de una sirvienta que teníamos que era simpatizante con el medio ambiente dominante y esto nos tenía a toda la familia en un estado de vigilancia permanente. Se dio el caso de que a mi hermano Modesto le ofrecieron un cargo político que no le interesó aceptar alegando que no se encontraba bien de salud y se pensó que era mejor que desapareciera para evitar compromisos indeseables.

El Cónsul inglés, amigo de la familia y un entusiasta grande de la música, formaba parte de un cuarteto en donde mamá Lola y dos amigos más lo completaban reuniéndose para hacer música frecuentemente. John Milanés, que así se llamaba el Cónsul, conociendo la situación de mi hermano Modesto se ofreció para darle asilo en el consulado y nos advirtió que esto lo hacía a título personal, puesto que Inglaterra, oficialmente, no admitía refugiados de ninguna clase, por lo que si era descubierto él no lo podría proteger ni tampoco procurarle la alimentación que en aquellos momentos era problemática en extremo. Todo se aceptó en buena hora y con sincero agradecimiento. El problema de la alimentación había llegado, en aquellos momentos, a un extremo límite. Yo recuerdo haber cenado y toda la familia conmigo un plato de agua hervida con pimentón que un amigo le había procurado a mi padre y en muchas ocasiones me apreté el cinturón para aminorar la sensación del hambre como hacían los héroes de aventuras que yo leía de jovencillo y doy fe de la eficacia del sistema. Mi hermano Luis estaba en la “Brigada antigás” en Madrid.

Así pasábamos los días y cada vez era más frecuente el sonar de las sirenas que avisaban la presencia de aviones del bando contrario en la ciudad. En una de aquellas ocasiones nos dispusimos a bajar a los sótanos de la casa donde entonces vivíamos, en la calle Alameda, pero en esta ocasión fue diferente. Apenas habíamos bajado la mitad de las escaleras cuando se produjo una tremenda explosión, con efecto terremoto, que estuvimos a punto de rodar por ellas al tiempo que por el portal entraba una nube de polvo que venía de la calle seguido todo ello de un silencio absoluto que nos mantuvo sin movernos presintiendo un derrumbe de dimensiones inimaginables. No ocurrió nada más y decidimos salir a la calle y averiguar la causa de toso aquello. Salimos y entre la nube de polvo pudimos ver a nuestra derecha que la calle estaba totalmente cerrada por un montón de escombros que alcanzaban la altura de un 2º piso y a primera vista parecía como si un azadón gigante hubiese sacado a la calle la casa de al lado de la nuestra.

Se oía en la lejanía rumores de aviones y mamá Lola nos propuso tratar de llegar al barrio de Salamanca, donde vivían unos familiares suyos oriundos de Almería y emprendimos lo que en aquel momento resultaba ser una gran aventura. Las calles estaban desiertas y rodeando y haciendo descubiertas de portal a portal logramos ir alejándonos del barrio y así llegó un momento en el que empezamos a ver gente que circulaba con mucha prevención también pero que nos fue dando más confianza hasta el punto de que llegamos a casa de los parientes sin temor pues por aquella zona no había existido alarma ninguna. Fuimos recibidos con el mayor afecto imaginable lo que en aquellos momentos suponía estar en posesión de unas calidades humanas nada frecuentes, como pudimos comprobar en los días que convivimos con ellos en los que compartieron con nosotros los alimentos que en aquellos días eran problemáticos de encontrar. Siempre recordaré los días que convivimos juntos como la tabla de salvación de aquella situación angustiada en que nos vimos toda la familia.

Cuando decidimos volver a casa lo hicimos con el temor de haberlo perdido todo y pudo haber sido así porque en la azotea se encontraron tres bombas incendiarias que no habían explotado que de haberlo hecho habrían hecho realidad nuestros temores. La bomba

que cayó en la casa vecina iba dirigida al Hotel Savoy donde se encontraba alojado el mando de las Brigadas Internacionales y esto nos dejó intranquilos en la duda de que volvieran a intentar afinar la puntería. No ocurrió y seguimos con el ritmo de vida anterior esperando la liberación de aquella situación sin aliciente ni esperanza de vida, que cada día era más fácil de perder, siempre a merced de la mala voluntad de alguien que te señalase con el dedo.

Con lo que realmente la familia corrió peligro de ser paseada sin remedio posible fue con la peripecia de mi “confusión mental” al amparo de cuyo diagnóstico la familia trató de evitar el que yo volviese al frente, precisamente a defender aquel desorden que nos tenía a todos con la vida pendiente de un hilo.

Por las noticias que oíamos por la radio se adivinaba el final de la guerra, noticias que oíamos debajo de una manta, en previsión de que pudiera ser oído por algún vecino. Y llegó el día que la mayoría esperaba como una auténtica liberación. Yo tenía además la curiosidad de ver la tropa entrar y esta curiosidad no me la dejaron satisfacer unos amigos que habían organizado unos comandos que tenían previstos para evitar desordenes en el momento crítico y estuvimos acuartelados justo en el momento en que entraba la tropa que durante tanto tiempo estuvo situada en la Ciudad Universitaria y en la Casa de Campo, luego tuve ocasión de ver algunos una vez que se comprobó que nadie tenía ganas de barullo y decidieron abrir el acuartelamiento con lo que salimos a curiosear. Las fuerzas que iban ocupando los cuarteles se les notaban las trincheras pero iban con uniformes de soldados y no se veía entre ellos milicianos de camisa roja que habían desaparecido como por encanto. El 28 de marzo de 1939 las tropas Nacionales entraron en Madrid, significó el final de la guerra civil porque muy poco tiempo después ocurría lo mismo en las regiones en las que aun se resistían los del bando contrario. El 1 de abril de 1939 después de tres largos años terminaba la guerra civil española y el 1 de septiembre de 1939 comenzaba la 2ª guerra mundial que duraría 6 años y en la que España no intervendría.

La posguerra española

Mi hermano Luis volvió a su farmacia en Santisteban del Puerto, mi hermano Modesto salió del escondrijo del Consulado Inglés y yo dejé de fingir mi infantilismo desgraciado que gracias a mi excelente formación de actor por Federico García Lorca pude salir del trance. Fue verdaderamente milagroso que ningún miembro de la familia hubiese caído en aquella refriega. Si salvamos la vida, ahora había que ganársela ¿y cómo?

Al terminar la guerra a Luis Escobar lo nombraron director de la Compañía Nacional de Teatro, y nos llamó a mi hermano Modesto y a mí, que había oído hablar de nosotros por La Barraca, para que formásemos parte de ella. Actué en obras de Calderón, Claudio de la Torre o Julio Vier, entre otras, bajo la dirección de Luis Escobar o Cayetano Luca de Tena.

También participé como actor y director en algunas de las representaciones de Ópera y Concierto organizadas por mi cuñada Lola Rodríguez Aragón donde interpreté los personajes mudos de “Vespone” y “Sante” en las óperas “La serva padrona”, de Pergolesi, y “El secreto de Susana”, de Wolf Ferrari, así como el “Maese Pedro” en “El retablo de Maese Pedro”, de Falla, que también dirigí en ocasiones.

Con el fin de la guerra se consiguió la paz pero la situación de la vida diaria no podía ser más dificultosa. Decidí definitivamente dirigir mis pasos hacia la escultura y entré a trabajar en el estudio de mi padre donde me formé como escultor y no se puede soñar mejor maestro, era excepcional, a su lado conocí a fondo los entresijos de este arte tan complejo y laborioso. Se entregaba honradamente, no escondía secretos de su profesión y era muy tolerante y liberal. Sabía ver la evolución última de la plástica, aceptándola con respeto. Por eso su obra tiene trascendencia, no está encuadrada en un momento determinado, tiene universalidad en su hacer. Mi padre tuvo mucho trabajo en esos años, lo que me permitió formarme en el

oficio rápidamente y andando el tiempo pude independizarme y como a él, nunca me faltó trabajo.

Por otro lado Luis Feduchi, un excelente arquitecto, que antes de la guerra me había encargado varios trabajos, le habían encomendado que organizase la Escuela de Artesanía y me propuso que yo me hiciese cargo de la sección de juguetería, cosa que dada la circunstancia acepté con verdadera alegría y más aun por conseguir una remuneración que aunque no era muy importante si suficiente para salir del paso, con el aliciente de que yo siempre tuve una especial afición desde pequeño a hacerme mis juguetes y los de mis hermanos. Mi misión era concebir juguetes que pudieran ser realizados artesanalmente y fue un éxito. Se realizaron juguetes que llamaban la atención, con mecanismos muy sencillos que les daban vida.

La fábrica de juguetes “Pipilín”

Yo era amigo de Ángel de la Hoz, cuñado de Concha Martín, y en una ocasión fui a visitarlo y le quise enseñar los juguetes que se hacían en Artesanía diseñados por mí y cómo los realizábamos. Él los miraba con curiosidad y de pronto se pone serio y me dice: “Jacinto, tienes todo el dinero que sea preciso para montar una fábrica de juguetes sin tener que depender de Artesanía y además te asigno el doble de sueldo que ahora tienes. Y me encontré en mitad de la calle de la Cruz sin saber por donde empezar.

Yo conocía por los talleres de Artesanía las máquinas imprescindibles para trocear la madera como lo eran la sierra de cinta, el torno, el tupi y la regruesadora, pero no era igual la perspectiva que ahora se me presentaba porque ahora había que actuar con arreglo a un proyecto industrial; ambiente que yo desconocía totalmente al tiempo que me veía en la necesidad de montar un taller o pequeña fábrica con personal adecuado y un sinfín de incógnitas que se agolpaban en mi cabeza. Pero el hecho de encontrarme entre la espada y la pared me venía como anillo al dedo y tomé la determinación de empezar a visitar talleres y fábricas de madera para familiarizarme con el ambiente de esa profesión, llegando al convencimiento de que me era imprescindible dar con un buen capataz que gobernase al personal del taller.

Dios quiso ayudarme y en una ocasión en la que visitaba uno de aquellos talleres, había una persona hablando con el capataz concertando la posibilidad de entrar a trabajar en aquel taller. Le pregunté al capataz si tenía referencias de aquel operario y me dijo que ahora no le era posible darle trabajo pero si le gustaría tenerlo a sus órdenes porque era persona seria y un excelente operario, hasta el punto que los compañeros le llamaban “manitas de plata”, manejaba el tupi, una máquina para hacer molduras que era de las más peligrosas de todas ellas; a él, a pesar de ser tan hábil, le había quitado un dedo de la mano. No lo dudé, me despedí del capataz y lo alcancé en el camino, le propuse que trabajara conmigo exponiéndole, sinceramente, mi situación. El hombre aceptó de buen grado y con él se hizo posible el montaje de la fábrica que tuvo su realidad en un pequeño pabellón situado en el jardín de una casa en la calle de Lagasca.

El día que “manitas de plata” y yo hicimos la puesta en marcha de aquella pequeña fábrica no lo olvidaré nunca. En aquella época España luchaba por recuperar su normalidad económica y supuso un esfuerzo ímprobo conseguir una serie de elementos que ahora resultaría inocente enumerar y no digamos el motor de corriente continua que era la perla de la instalación. Todo funcionó a la perfección bajo el mando de “manitas de plata” que resultó ser honrado y capacitado para el cargo como no se podía soñar.

Se conectó con representantes de juguetes que acogieron con interés los que se hacían en nuestra fábrica y se vendían cada vez más. Ángel de la Hoz, emprendedor por naturaleza y comprobando el acierto de los diseños y el atractivo que despertaban en los niños los juguetes que se hacían, me llama un día para que vaya a hablar con él y me propone

ampliar la fábrica. Habían pasado dos años y todo cuanto se fabricó en aquella fabriquita se vendió con facilidad y aun hubo demanda de ellos. Ángel propuso hacer una ampliación a lo grande y me puse a buscar un local apropiado para aquella idea y lo encontré en la calle La Coruña. Lo vio Ángel y le gustó mucho. Era un local que impresionaba, tenía dos plantas amplísimas y se dispuso que en la planta baja se instalara la maquinaria donde “manitas de plata” cuidó que no faltase nada de lo necesario y en la segunda se instaló el montaje de los juguetes y la pintura de los mismos, más una sección en donde se fabricaban los embalajes para el envío de lo producido. Realmente causaba admiración visitar aquella fábrica. Ángel decidió contratar a un administrador para que yo no tuviese que ocupar el tiempo en dirigir la fábrica sino exclusivamente en crear los modelos y vigilar los montajes.

Mi Boda con Ana

La perspectiva que ofrecía aquella fábrica no podía ser más prometedora y Ana y yo proyectamos realizar nuestra boda después de un noviazgo de diez años, con la guerra civil entre medias que nos mantuvo durante tres años incomunicados a Ana y a mí, pues Ana pasó la guerra con sus padres y hermanas en la Coruña.

Ana y yo nos conocimos en casa del compositor Joaquín Turina en 1931, cuyos hijos daban frecuentes reuniones a donde concurríamos los hermanos Higuera y los hijos de Horacio Rodríguez. Entre los hijos de Horacio Rodríguez iba Ana, la más guapa de todas y que a mí me caía muy bien, su manera de ser, tan natural y sincera, pero ni remotamente pasó por mi mente pensar el intentar pretenderla convencido como estaba de que mi presencia no tenía el menor atractivo al lado de otros muchachos que frecuentaban la reunión, como era el caso de uno de ellos que recientemente había terminado su carrera de ingeniero, profesión esta que estaba considerada el no va más de la categoría profesional, y yo con mi vocación artística con la que no podía ofrecer una estabilidad económica como para pensar en matrimonio de ninguna clase. Yo consciente de todo esto ni remotamente pasaba, como ya he dicho, por mi mente el pretenderla como novia y futura mujer y me sorprendía ver como el chico, reciente ingeniero, intentaba conquistarla sin éxito ninguno. Fue una hija del maestro Turina, Conchita, íntima amiga de Ana, quien un día me dijo que yo le caía muy bien a Ana y me quedé de una pieza, no me lo podía creer y me animó, si a mí me parecía bien, a que le dijese algo que ella estaba segura de que me aceptaría con el mayor agrado. Me armé de valor y un día le insinué que me gustaría que nuestra amistad fuese algo más entrañable, a lo que ella dio, sin dudar, su consentimiento y así empezó nuestro noviazgo que duró diez años, hasta la realización de nuestro matrimonio.

En primer lugar, las chicas no tenían en aquella época la libertad de entrar y salir como ahora se tiene, y en el caso de Ana esta limitación aun se acentuaba más por el carácter de su padre que encontraba poco correcto este comportamiento. Por mi parte en aquellos momentos mi posición económica y la perspectiva de mi profesión artística no eran suficientes como para proponer el matrimonio y tuvimos que conformarnos con vernos en casa de los amigos Turina y por otra parte nos veíamos de palco a palco en los conciertos de “La Cultural”, en el Teatro de La Comedia, sin tener ocasión de salir juntos. Frecuentemente al ir yo al estudio de mi padre que estaba en la casa de la calle Cartagena, 4, pasaba por la calle Lista, 65, en donde estaba el hotel en el que vivía Ana con su familia y si podía se asomaba al mirador y nos decíamos adiós. Ocurrió lo de la guerra civil que nos mantuvo durante tres años incomunicados y con la incógnita de si nos volveríamos a ver. Fue un noviazgo que puso a prueba la firmeza de nuestro cariño que ha durado sin la menor discrepancia durante los sesenta años que vivimos juntos.

El suceso de la ampliación de la fábrica nos permitió a Ana y a mí la realización de nuestra boda. Mi suegro, buen padre y hombre de negocios, no podía ver con buenos ojos el

matrimonio de su hija con un artista; profesión ésta que generalmente ha despertado siempre desconfianza económica.

Se celebró la boda a bombo y platillo el 23 de octubre de 1942, en la preciosa iglesia de Los Jerónimos de Madrid, figurando como testigos personalidades de las más destacadas de aquella época, entre las que figuraban Benlliure, amigo y maestro de mi padre, y Turina, entre otros, y gente del mundo de las finanzas, siendo como era mi suegro representante de la Casa Domecq en Madrid, Galicia y Portugal. El banquete de rigor se celebró en el Hotel Palas. Ana y yo habíamos pensado un viaje de novios corto por no descuidar el funcionamiento de la nueva fábrica, a la que debíamos nuestra felicidad, y elegimos Sevilla como ciudad ideal para el caso y si hubiésemos elegido La Coruña no nos habría llovido tanto como nos llovió en Sevilla que desde que llegamos hasta que nos fuimos no dejó de llover ni siquiera cinco minutos.

Yo quise que Ana conociese mi pueblo, Santisteban del Puerto, y así lo hicimos y fue llegar y llamar yo a Madrid para comunicar que estaba en el pueblo cuando me advirtieron que era necesaria mi presencia en Madrid porque en la fábrica habían surgido problemas graves; con lo que sin más, empezamos el viaje de vuelta.

El administrador que había puesto Ángel de la Hoz, de toda su confianza, para llevar la fábrica resultó un sinvergüenza de tamaño natural y se dedicó a darse la buena vida y a hacer inversiones disparatadas comprando extensiones de pinares para, según decía, poder abastecer a la fábrica de madera. El déficit que produjo en tan poco tiempo fue tal que Ángel decidió cerrar la fábrica.

A mi llegada se convocó la reunión y tuve que intervenir para que Ángel y su amigo no llegasen a las manos. El resultado para mí fue que me vi en la calle sin una perspectiva de posible trabajo.

Ana y yo habíamos alquilado un piso en la calle José Marañón, 3, y lo teníamos casi amueblado y mientras lo terminábamos de acondicionar la familia de Ana nos propuso vivir con ellos. Pensamos que solo durante tres o cuatro meses y vivimos diecisiete años. La familia de Ana era muy entrañable, vivían en la calle Martínez Campos 17, en un piso muy amplio, tanto que a nosotros nos asignaron una habitación muy grande con un cuarto de baño para nuestro uso exclusivo lo que nos daba una independencia total. Cuantas veces nos propusimos el irnos a nuestro piso nos preguntaban si es que no estábamos a gusto; así Ana no tenía que guisar ni ir a la compra, ni tener que ordenar la casa, en resumidas cuentas que el irse no resultaba fácil sin herir el sentimiento familiar de todos ellos. En este piso de José Marañón hice mis primeras obras de escultura, allí modelé y esculpí en mármol el busto de mi mujer que presenté en 1948 a la Exposición Nacional y lo premiaron con la 3ª Medalla. Tuvimos dos hijas, Ana que nació en el 6 de mayo de 1944 y Lola el 12 de junio de 1945.

Comienzo como escultor. Tiempos difíciles

Con el hundimiento de la fábrica de juguetes se nos creó una situación difícil de resolver. Pensé trabajar en el estudio de mi padre que siempre tenía trabajo pero el sueldo que él me podía ofrecer no era grande y no era una solución suficiente. Mi suegro me echó una mano y aunque se trataba de una actividad de la que no tenía la menor idea, sí me sirvió para salvar el bache; me ofreció ser agente de la Casa Domecq, cuya actividad consistía en recorrer determinados establecimientos saludando a sus propietarios en nombre de la Casa, para ello tenías un cupo de fichas que tenías que cumplimentar cada día. Yo siempre he tenido una gran dificultad para retener los nombres y apellidos de las gentes por lo que en esta ocasión este inconveniente se sumaba al de tenerme que adaptar a una actividad de la que no tenía ni la menor idea. Pero vino en ayuda una facultad que me sacó de apuros en muchas ocasiones y que llegué, incluso, a ser echado de menos por muchísimos clientes cuando dejé esta actividad. Yo entraba en un bar y antes leía en la ficha el nombre del propietario. Cuando el que despachaba en la barra me veía entrar me preguntaba a voces “¡que va a tomar el señor!”,

y yo forzando la voz para dominar el rumor de los parroquianos decía “soy de la Casa Domecq”. Entre el azoramiento de contestar a la pregunta que generalmente tenía que repetir, porque el de la barra no entendía lo que iba a tomar, el nombre del jefe lo tenía más que olvidado y por no volver a sacar la ficha para recordarlo le gritaba que quería ver al jefe y entonces me señalaba la oficina y entraba a saludarlo como quien dice a tumba abierta y nada más verlo, y aquí viene lo que compensaba tanta contrariedad, me venía a la mente una serie de detalles que habían caracterizado la visita en el mes anterior en la que habíamos estado comentando cómo a su niña le había salido un sarpullido que le tenía preocupado y yo de entrada y a modo de saludo le decía: “¿A que el sarpullido de su niña desapareció rápidamente?, y aquél hombre quedaba muy agradablemente impresionado al comprobar que yo había mantenido en el recuerdo el sarpullido de su hija.

Jubilaron al padre de Ana y yo dejé el puesto de vendedor, al tiempo que José Caballero, a quien le había encomendado Galerías Preciados que presentase los escaparates de su establecimiento, me encargó una serie de maniqués muy realistas que tuvieron un éxito grande, además de unos caballos y otras figuras que realicé en el piso de José Marañón. Estos trabajos nos dieron a Ana y a mí un margen de desahogo económico considerable.

Nuevo estudio y vivienda en Mantuano, 32

Ana y yo decidimos vender unas olivas que yo había heredado de mi abuelo Luis y con ese dinero compramos en 1950 un hotelito en la calle Mantuano, 32, que además de la vivienda tenía un pequeño jardín delante con espacio suficiente para instalar el coche y en la parte de atrás tenía un patio lo suficientemente amplio como para construir mi estudio, con un ventanal espléndido orientado al norte, y una altura de techo algo mayor de los tres metros de altura y de largo tenía los nueve metros por seis de ancho, en él realicé monumentos y figuras de gran formato, entonces yo trabajaba mucho con arquitectos como Fernando Urrutia, Miguel Fisac y el ingeniero Eduardo Torroja.

Poco después de terminar las obras del nuevo estudio, mi padre dejó su estudio de Felipe V, junto a la Plaza de Oriente, y se trasladó a mi estudio de Mantuano, allí trabajó durante los dos últimos años de su vida, 1953 y 1954, y allí realizó sus últimas obras antes de morir, el 20 de noviembre de 1954; el Cristo del Perdón, para Santisteban del Puerto y el Monumento a Martínez Montañés, que terminé yo, así como el monumento a Almendros Aguilar que solo llegué a realizar el boceto y tuve que ampliar y terminar yo.

Durante los años cincuenta tuve que compaginar mi intenso trabajo como escultor con el de director de escena. De 1952 a 1955 sustituí a mi hermano Modesto, cuando éste se fue a Santo Domingo, en la dirección del TEU, o Teatro Español Universitario Nacional, representando por toda España obras de Calderón, Lope de Vega, Cervantes, Agustín Moreto, Rabindranath Tagore o Miura, entre otros.

En 1954 se restaura el Corral de Comedias de Almagro, reinaugurándose en 1954 con “La Hidalga del valle”, de Calderón de la Barca. En mayo de 1955 por iniciativa mía vuelve la actividad teatral a este Corral de Comedias con la representación de dos entremeses de Miguel de Cervantes, “La guarda cuidadosa” y “El retablo de las maravillas”, por la compañía del Teatro Español Universitario que yo dirigía. En vista de gran éxito que obtuvimos con los Entremeses de Cervantes comenzaría, a partir de entonces, una continua actividad teatral en este Corral de Comedias de Almagro.

En 1958 mi cuñada Lola Rodríguez Aragón me pide ayuda en su nueva cruzada como empresaria del Teatro de la Zarzuela por dos temporadas, de septiembre 1958 a julio de 1960. Dirigí los montajes de “Gigantes y Cabezudos”, de Caballero, y “La Tempranica”, de Jiménez, además de ejercer en ocasiones como ayudante de dirección y de estar al frente de la compañía durante la primera temporada y en las giras por Festivales de España; en esta empresa Ana, mi mujer, fue un soporte fundamental, pues ella se ocupaba de la parte

económica y de pagar a la compañía. Ésta fue mi última incursión en el mundo del teatro, en septiembre de 1959 mi cuñada Lola se asoció con José Tamayo que tenía como ayudante de dirección a Roberto Carpio y yo pude dedicarme por completo a mi profesión de escultor.

Entre 1955 y 1956 colaboro con el ingeniero Eduardo Torroja en el Instituto que lleva su nombre, en la investigación de nuevos materiales aplicados a la escultura y a la arquitectura, realizando por encargo suyo las imágenes de la iglesia de Pont de Suert y de San Nicolás del Grau, en Gandía. En 1955 tallo en plástico transparente la "Virgen de la Luz" para Hidroeléctrica Española, constituyendo el primer experimento de talla directa en este material realizado en España, encargo del arquitecto Fernando Urrutia. También por encargo suyo realizo el monumento a La Piedad en Escombreras, Cartagena, entre otras muchas obras importantes que hice.

En otoño de 1959 nos trasladamos Ana y yo con nuestras hijas a vivir al chalet de la calle Mantuano, 32. Fuimos muy felices en esta nueva etapa de nuestras vidas. Mi hija Ana se hizo cantante de prestigio y mi hija Lola hizo su carrera de Historia de América y empezó muy joven a trabajar en el Museo Naval de Madrid como investigadora, llegando a ser Directora Técnica.

Cuando llegamos a La calle de Mantuano era tranquila y silenciosa, ideal para mi clase de trabajo y así se mantuvo durante tres años aproximadamente, al cabo de los cuales empezaron a aparecer los primeros "seiscientos" y la acera de enfrente se fue poblando de automóviles aparcados y aumentando la circulación de vehículos hasta llegar a ser causa del mayor inconveniente que nunca pude prever porque al ser la calle estrecha y estar ocupada la mitad por los coches aparcados enfrente cuando un camión venía a mi estudio a descargar material se atascaba la calle mientras se terminaba la faena y a veces la operación era larga como lo era la de descargar bloques de piedra, por ejemplo. Se oía protestar a la gente maldiciendo al escultor en todos los colores.

Estudio y residencia definitiva en Molino de la Hoz

Esta situación nos llevó a Ana y a mí a pensar en mudarnos a una urbanización y lograr una independencia que nos liberase de esta pesadilla. Hacía tiempo que un constructor había comprado un pequeño solar con una casita que estaba junto a la nuestra y que incluso nos vino a ver en una ocasión a preguntarnos si nos interesaría venderle nuestra vivienda. Lo llamamos y le dije que si me daba lo suficiente para poderme instalar en una urbanización cerraba el trato con él. Nos informamos de lo que importaría semejante operación y se lo comunicamos al señor que no titubeó en pagarnos lo que le pedimos.

Mi hermano Augusto que tenía un hotel en Moralzarzal me dejó almacenar, en una nave que tenía en el jardín, todo lo que tenía en el estudio y Ana y yo, con nuestra hija Lola, pues Ana ya estaba casada, nos fuimos a un piso que nos prestó Belén Marañón, en Lista 65. Empezamos a ver urbanizaciones y se puede decir que las vimos todas con el deseo de no equivocarnos en algo tan trascendente como situar para siempre nuestra vivienda y el estudio, en un lugar que nos hiciese felices sin contratiempos.

Confusos por no tener claro donde asentar nuestra vivienda y mi estudio, nos encontramos con nuestra amiga Theone Lasa, su marido Ricardo Lasa tenía la empresa Filasa de construcción y comentando con ella nuestra preocupación nos animó a visitar una urbanización que estaba construyendo y que creía nos podía gustar, se llamaba "Molino de la Hoz" y la fuimos a ver y aquí estamos.

Nos entusias mó, estaba trazada en un bosque de encinas a ocho kilómetros de Las Rozas, por la carretera que lleva al El Escorial, al mismo pie del puerto de Galapagar por donde tiene su entrada. La suerte en esta última etapa, en la búsqueda del lugar donde asentar nuestra vivienda no nos dejó de la mano y el arquitecto que construyó nuestra casa fue Antonio Espinosa el marido de la mejor amiga de juventud de nuestras hijas Ana y Lola, María

García Valdecasas, con él trabajé como escultor en obras importantes y mi recuerdo de él es entrañable y del mayor agradecimiento; como arquitecto, no solo no nos pasó la factura de su trabajo sino que nos regaló el importe de los trabajos de delineantes y aparejadores. Su muerte fue una pérdida de las que dejan huella y de la manera más inesperada; cayó el avión en el que viajaba a Bilbao sustituyendo a un compañero que no podía ir. El avión cayó en un bosque cerrado a donde tardaron un día y medio en llegar la gente a recoger los restos. Fue la pérdida de un amigo, un gran arquitecto y una excelente persona, pérdida que lamentaré mientras viva. Todos los proyectos que teníamos juntos se desvanecieron con él.

El estudio, de acuerdo con Antonio Espinosa, se realizó acoplado a la vivienda pero muy reducido de tamaño con respecto al anterior. La experiencia me aconsejó esta determinación porque el tener en el estudio a los picapedreros, los escayolistas o a los sacadores de puntos, en otras materias que aparte del ruido que ocasionaban con su trabajo y en el caso de los picapedreros el peligro que corría yo y lo que estaba modelando con los trozos de piedra que salían disparados al desbastar los bloques que habrían de ser sacados de puntos en el proceso de llevar a la materia definitiva la obra modelada. Con el estudio pequeño estos inconvenientes quedaban eliminados. Se mantuvo la altura del techo y la amplitud del ventanal, ambas cosas necesarias para figuras de gran formato que una vez modeladas venían los vaciadores y la reproducción en escayola se llevaba a los talleres de los sacadores de puntos y allí acudía yo una vez concluida la operación del sacado de puntos a dar los últimos toques.

A principios de 1978 nos trasladamos a vivir a Molino de la Hoz. Mi hija Ana que se acababa de quedar viuda de su primer marido, Carlos Del Val, amplió una parte de la casa y se vino a vivir con su hijo Jaime, que solo tenía tres años y medio, con nosotros.

El resultado de todo el proceso, en la instalación de nuestra vivienda y estudio en el Molino de la Hoz no ha podido alcanzarse con mayor felicidad y sólo en el ir y venir de las hijas y nieto a la ciudad por las carreteras saturadas de automóviles me intranquiliza de alguna manera. Pero quien puede pensar no tener la menor inquietud en tiempos de Internet y del teléfono móvil, que para mí este último invento ha sido el logro científico más trascendente de la tecnología moderna, cuantas vidas habrá salvado ya y cuantos problemas habrán podido resolverse abreviando el ciclo de las investigaciones. Mucho más que el resultado del viaje a la luna.

Descubriendo Mojácar

A través de Chiqui y Marisa, primos de Félix Lavilla, segundo marido de mi hija Ana, tuvimos la oportunidad de conocer Mojácar, un precioso pueblo en la provincia de Almería que está situado en la cresta de una montaña y que mirando desde la playa, muy cercana, resulta muy espectacular. Precisamente en esta playa por su especial disposición se ha formado un centro turístico que ha dado lugar a la concentración de una serie de apartamentos y chales hasta ahora de buen gusto y de no más de dos alturas que hace que el caserío resulte agradable de ver. En 1985 compró mi hija Ana el primer apartamento frente al mar y nosotros, asesorados por Félix Ortiz, buen amigo y buen agente, hemos comprado y vendido apartamentos que nos han reportado beneficios económicos muy estimables. Actualmente, en Mojácar, nos aposentamos en una casa de dos plantas con jardín y piscina que compraron las hijas y que es muy amplia con unas vistas que permiten ver el mar girando la vista a la izquierda, teniendo enfrente la visión impresionante del pueblo y de los rompimientos gigantescos de Sierra Cabrera.

Yo reconozco que disfrutar de todo esto es un privilegio impagable, pero el poder de la querencia es un impulso que no lo para nada; mi querencia es el Molino de la Hoz.

Mi trabajo de escultor

Hoy sigo trabajando, cada día, como siempre, ya que la producción artística no conoce la jubilación, pues es en la madurez cuando muchas veces se realiza la obra de más interés, ya que la experiencia y los años agudizan el criterio y lo hacen más crítico.

A estas alturas de mi vida cumplidos ya los ochenta y ocho años y aunque siempre he tenido muy buena salud, voy a abandonar la obra de gran formato buscando dimensiones más cómodas y que no plantean problemas tan serios en su paso a materia definitiva. En estos momentos sin embargo trabajo en la realización, para Perú, de dos monumentos de carácter civil para perpetuar la memoria de un polígrafo y poeta ilustres y preparo el boceto de otro mucho más ambicioso que pretenden levantar a uno de los grandes héroes del Perú, el militar Cáceres que cruzó los Andes, con su ejército, en la guerra de Chile, a siete mil metros de altura. En esta cota y tallado en la roca viva quieren que se labre la gigantesca figura para que sea visible en medio de la inmensidad Andina.

Así es que esta manifiesta vocación actual por el pequeño formato, no impide que colabore en estas aventuras de dimensiones colosales que representan un reto profesional y una aventura personal muy atractiva aunque, presentado ya el boceto escultórico, quizá renuncie a la supervisión de su realización en la cordillera Andina.

El mucho trabajo que siempre he tenido ha sido la causa de mi despreocupación por la publicidad y las relaciones públicas, y el hecho de que tan intenso trabajo, haya sido casi siempre por encargo ha impedido el que pudiese realizar obra destinada a exposiciones individuales. En estos últimos años he podido alternar la obra de encargo con obra libre que parte de ella he presentado en mi primera gran exposición antológica organizada en 1996 por José Luis Chicharro en el Museo Provincial de Jaén, del que era director, y donde se reunieron 36 obras de las más representativas de libre creación, realizadas entre 1951 a 1995, exposición que a continuación se llevó a Granada, y fue acompañada de un magnífico catálogo con fotografías y toda la relación de obras hechas hasta el momento, cerca de trescientas; los grandes monumentos que he realizado a lo largo de mi vida en España y América, los retratos que considero uno de los aspectos fundamentales de mi obra, la escultura libre de mediano y pequeño formato y la imaginería religiosa.

Además de haber participado en las Exposiciones Nacionales, en los años 40 y 50, y en algunas bienales en donde conseguí los premios que poseo, guardo en mi memoria con especial cariño algunas exposiciones en las que participé como la celebrada en 1995 en el Centro Cultural del Antiguo Hospital de San Juan de Dios en Jaén, en la Exposición de Artistas Jiennenses del siglo XX, siendo un acontecimiento de gran relieve y emoción para mí al exponer por primera vez mi obra conjuntamente con obras de mi padre. También en diciembre de 1998 cuando inauguramos nuestra Galería Higuera Arte, en nuestra casa de Molino de la Hoz, con una exposición de esculturas mías, acrílicos de mi hija Ana y acuarelas de mi nieto Jaime del Val, además grabados sobre tela de Pavel Alvert. En marzo de 2000 participé en una exposición muy singular organizada por Caja Madrid en su sede de la plaza de Cataluña en Barcelona, titulada "Tres Generaciones" junto a mi hija Ana y mi nieto Jaime, donde expusimos cerca de 200 obras entre escultura, pintura y grabado.

En diciembre 1998 tuve el honor de ser nombrado por el Diario "Jaén", en la sección de arte, "Jiennense del año", siendo este homenaje de mi tierra momento especialmente entrañable para mí. También en este año recibo el Premio Especial Unión de Actores 1998, en un acto muy emotivo celebrado en la Residencia de Estudiantes de Madrid, a los supervivientes del Teatro Universitario "La Barraca", fundado por Federico García Lorca.

Mi familia y mi refugio

Me queda el privilegio de mi matrimonio con Ana, mi mujer, que durante sesenta años ha sido mi apoyo y mi estímulo en los momentos difíciles, compartiendo conmigo la alegría de los momentos felices que la seguridad de su compañía me permitió alcanzar. Las dos hijas que tuvimos; Ana, como su madre, cantante de prestigio internacional y pintora de excepción; Lola, Directora Técnica del Museo Naval de Madrid y licenciada “cum laude” en Historia de América. También tenemos un nieto, Jaime, hijo de Ana de su primer matrimonio, al que le llevo sesenta años de ventaja y él me dobla en estatura, superdotado en cuantas actividades pone su atención. Logramos formar una comunidad entrañable poco corriente y pido a Dios que nos la conserve muchos años.

Hoy, en mi sereno refugio de Molino de la Hoz, en plena naturaleza, miro atrás y soy consciente, con cierta nostalgia de que el bosque de mis recuerdos se va quedando sin árboles, pero esa mirada atrás me muestra que mi vida ha estado repleta de las cosas que más aprecio, trabajo intenso, sólidas amistades y una familia unida y feliz que ha sido y es la alegría de mi vida.